

‘La perspectiva argelino-magrebí del Oriente Medio’, repasando la situación económica, educativa y política de los países del Magreb.

La cuarta charla es impartida por el profesor de Historia de la Universidad de Nueva York, Robert Matthews, quien comenta las ‘Perspectivas sobre Oriente Medio de la política de EE. UU.’ con un análisis de las líneas de política exterior manifestadas por los tres candidatos principales (B. Obama, H. Clinton y J. McCain) a la presidencia de los Estados Unidos de América en la campaña de 2008, deteniéndose en los puntos calientes representados por Irak, Irán, Israel-Palestina y Afganistán. Cierra el ciclo de conferencias el Consejero cultural de la Embajada de Egipto y Director del Instituto Egipcio de estudios islámicos en Madrid, Abdel Fattah Awad, con el tema ‘Actualidad política y social de Egipto en la estabilidad de la zona de Oriente Medio’, que remite a las circunstancias pasadas y presentes por las que ese país es clave en las relaciones internacionales en los inicios del siglo XXI.

Completan el texto las conclusiones elaboradas por los grupos de discusión del alumnado, y los resultados obtenidos, que apuntan a un cambio de percepción de los países árabes, de forma que mejora la imagen previa y se valora la cooperación internacional. Cierran el libro la Encuesta Deliberativa y sus resultados, el listado de participantes y un registro gráfico de las actividades y los ponentes.

**Reseñado por:**

**M<sup>a</sup> Irene Morán Morán**

**Socióloga**

**mindfrei@unex.es**

Gilles Lipovetsky y Jean Serroy, **La pantalla global. Cultura mediática y cine en la era hipermoderna**, Anagrama, Barcelona, 2009, 356 pp.

Excelente e interesante ensayo de Gilles Lipovetsky, filósofo y sociólogo francés, y de Jean Serroy, crítico literario y de cine, en sintonía con la teoría del primero sobre el complejo entramado de la sociedad hipermoderna que afecta de modo sincrónico y global a la economía y la cultura, el consumo y la estética, los medios de comunicación de masas y las tecnologías, la moda, las costumbres y la ética. En esa mutación social y cultural, el cine entra en una nueva fase, el *hipercine*, en la que sigue conectado a las masas, se reiventando en un proceso continuo de creación artística y muestra un novedoso potencial transformador de la sociedad al reflejar una realidad multicultural y plural. Según los autores, las dos últimas décadas del siglo XX conoce la aparición del cine como *pantalla global*, entendida como referente cultural definitivo del universo de pantallas (informativas, lúdicas, de vigilancia, publicitarias, etc.) que dominan las relaciones sociales y la sociedad entera. Esa globalidad se refleja asimismo en la

internacionalización de las inversiones financieras que sustentan la producción, la difusión y el consumo de los productos cinematográficos. Y también en la apertura a temas y problemas nuevos, rompiendo con estereotipos de géneros, formatos, narrativas y experiencias. Sin ignorar la fuerza con que impone el culto al gran espectáculo, lo que los autores llaman el *espíritu cine* que da sentido al resto de las novedosas tecnologías al uso. En suma, “el cine se ha convertido en un círculo cuyo centro está en todas partes y su circunferencia en ninguna. (...) La todopantalla no hace retroceder al cine: al contrario, contribuye a difundir la mirada cinematográfica, a multiplicar la vida de la imagen animada, a crear una *cinemanía* general.” (p. 25). De ahí su propuesta de analizar la cuestión con un enfoque global, lo que implica considerar toda la producción, por insignificante que parezca, y “poner de relieve lo que dice el cine sobre el mundo social humano, cómo lo reorganiza, pero también cómo influye en la percepción de las personas y reconfigura sus expectativas.” (p. 27).

En la primera parte del libro, que comprende los cuatro capítulos iniciales, los autores se detienen en la transformación del cine en *hipercine*. Para ello diferencian las características propias del cine como arte moderno y de masas, rasgos que se exageran con la aplicación de las nuevas tecnologías (en especial, las digitales), que conllevan nuevos métodos de producción, distribución, comercialización y consumo; pero también con la inclusión de imágenes antes descartadas o censuradas y ahora reproducidas en búsqueda del exceso, con la complejidad y el mestizaje de relatos, géneros, estilos, argumentos y personajes, y con el proceso de la *autorreferencia* cultural, retroalimentándose de su propio y creciente imaginario, dando lugar a una *hipercultura* que enlaza la cultura de masas y la elitista.

La segunda parte, intitulada *Neomitologías*, abarca los capítulos quinto, sexto y séptimo, y profundiza en los orígenes, los cambios y la vigencia de géneros, temas, mitos y concepciones del mundo relevantes que el cine ha plasmado y ofrece en su reconstrucción de la realidad, proceso en el que se dirime la objetividad, la creatividad, el compromiso y la militancia a favor o en contra de determinados intereses y valores. Sirven de hilo conductor la vitalidad del género documental, el paso del cine histórico al cine de la memoria y, finalmente, el espejo de la era hipermoderna o actual Cinépolis, asentada en los cuatro principios organizadores de la tecnociencia, el mercado, la democracia y el individuo, y que retoma, a partir “de cierto «sociologismo espontáneo» (...) una acentuada tendencia a reflexionar sobre sí mismo, sobre el mundo y sobre el individuo.” (p. 213).

La tercera y última parte, *Todas las pantallas del mundo*, contiene los capítulos octavo, noveno y décimo. En ella, como su propio título expresa, G. Lipovetvsky y J. Serroy examinan con detenimiento las versátiles y múltiples pantallas que gravitan en torno al cine detectando las dimensiones y funciones en las que difieren del mismo, así como las particularidades de sus respectivas significaciones culturales en la actualidad. En ese completo recorrido, los autores exploran la televisión, la publicidad y las redes de pantallas o *pantalla-mundo* (que informan, vigilan, entretienen, facilitan la expresión creativa y la comunicación) y que trastocan la existencia de los individuos, sometidos a la búsqueda de todo a través de las pantallas en vertiginosas e instantáneas experiencias de espacio – tiempo.

Cabe, pues, concluir, siguiendo la reflexión final de los autores que “aunque el cine cumpla una función narrativo-expresivo-onírica de primer orden, esta dimensión, sin embargo, no es única. Hay otra función, insuficientemente destacada pero crucial, que abre una perspectiva del todo distinta: y es que el cine construye una *percepción del mundo*. No sólo según el papel clásico que se concede al arte, cuya función estética es, en efecto, hacer ver, a través de la obra, lo que en principio no se ve en la realidad. Sino, en un sentido más radical, produciendo la realidad. (...) Ofrece una *visión del mundo*, que aquí llamamos *cinevisión*.” (pp. 320-321). Por ello, el cine “ha forjado la mirada, las expectativas, las visiones del ciudadano moderno y, aún más, ampliándolas, agrandándolas, expandiéndolas, las del ciudadano hipermoderno. El cine es hoy uno de los principales instrumentos de ratificación del universo hipermoderno.” (p. 321).

La importancia de esa función civilizadora es analizada y destacada con acierto por Gilles Lipovetsky y Jean Serroy, apoyándola en una extensa referencia de películas y sólida argumentación. El texto es recomendable además por la precisión con que es tratado el tema y la actualidad del contenido. Constituye, sin duda, una aportación importante a la sociología, en especial a la sociología de la cultura y del arte, al tiempo que contribuye a acercar el pensamiento de J. Lipovetsky a lectores cuyo interés primordial sea el cine, su expansión o su crisis.